

CÉCILE MURY

# PARÍS HOLLYWOOD



CONTRALUZ

CÉCILE  
MURY

París-Hollywood

Traducido del francés por M.<sup>a</sup> Dolores Torres París

CONTRALUZ



Título original: *Paris-Hollywood*

Ilustración de cubierta: Deanna Halsall

Diseño de cubierta: Compañía

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Éditions Flammarion, 2025

© de la traducción: María Dolores Torres París, 2025

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.com](http://www.contraluzeditorial.com)

ISBN: 978-84-19822-75-8

Depósito legal: M. 7013-2025

Printed in Spain

*A mi hermano Louis*



## Vértigo

Hasta la alfombra sabe que no pinto nada aquí.

Sisea con desdén bajo mis zapatillas. Hotel Meurice, cinco estrellas, tercer piso. Camino rozando molduras doradas con pan de oro a lo largo de un pasillo demasiado tranquilo, cuyo lujo cremoso parece querer engullirme entera.

Casi echo de menos el caos que reina abajo. La calzada bloqueada desde la calle Rivoli hasta la Concordia. Los gritos, los bocinazos. La mitad de los policías de París —no exagero— empujados, desbordados. Los fans, una vorágine de teléfonos móviles, de pancartas con declaraciones de amor y ramilletes de flores envueltos en papel kraft. Los  *paparazzi*  con sus teleobjetivos tamaño bazuca. Los curiosos que se paran y se agolpan frente al hotel:

—Pero... ¿qué pasa?

—Es Ben Whyte. Dicen que está ahí...

Por supuesto que ese cretino está aquí. Por su culpa, me he visto obligada a jugar a  *Los juegos del hambre*  a través de una multitud de rivales apelonados. Casi me fusiono con una valla de seguridad mientras esperaba a que uno de los seguratas con pinganillo se dignase venir e inspeccionar la foto de mi carné de prensa para asegurarse de que no perteneczo a la especie rabiosa de los adoradores incondicio-

nales, dispuestos a todo para acercarse al célebre objeto de su deseo.

Y de todas mis fantasías desde la adolescencia.

Ben Whyte.

El actor al que tengo que entrevistar hoy. La estrella de mi generación.

Ben Whyte y sus ojos verdes. Y el hoyuelo que le rasga una mejilla, una sola —la izquierda—, cuando sonrío. Dios mío de mi alma, ese hoyuelo.

Dios mío de mi alma, qué canguelo.

Me está bien empleado. Por hacer la payasa. Así aprenderé a no pasarme de lista. Que si Ben Whyte esto, que si Ben Whyte aquello. Que si pongo una foto suya (a caballo, con armadura) de fondo de pantalla en el trabajo. Y venga a comportarme como una frívola descerebrada. Y a tragarme todas sus películas. Una especie de recreo mental, con el cerebro en barbecho, entre un drama germanoserbio y un documental sobre la extinción de las especies. Poco a poco, sin querer, planté mi bandera y me apropié del castillo, del caballo y del caballero.

Cada loco con su tema. Todo el mundo tiene sus pequeñas obsesiones. Todo el mundo sueña despierto alguna vez. Pero yo soy periodista de cine de *L'Œil Hebdo*, el primer magacín cultural de Francia. Debería haber visto venir el peligro.

Cuando trabajas en *L'Œil*, no solo tienes el privilegio de que te gasten sin parar las mismas bromas («Ah, vaya, ¿eres becaria?»). También puedes acercarte a las estrellas. Un poquito. A veces. Por ejemplo, cuando hay una gira promocional mundial con escala en París. Tenemos «grandes oportunidades», como dicen los agentes de prensa.

Y es así como una acaba atrapada al fondo de un pasillo de un hotel de lujo en una cálida tarde del mes de marzo.

Me cago en las «grandes oportunidades».

Suites 312 y 314. Frente a las puertas, cuesta pasar por alto el caballete con el cartel XXL de la superproducción que nos venden hoy: rascacielos en ruinas, un caos de chatarra retorcida que parece suplicar al cielo. El taquillazo se llama *Z-End*. «Z» de zombis, pero sobre todo de ¡zas! ¡Ni rastro de hoyuelo!: en primer plano, desgredado y zarrapastroso, el último superviviente de la humanidad hace una mueca de fastidio. Porque el fin del mundo es triste. Y los muertos vivientes son tan estúpidos como un intestino delgado.

Ayer por la mañana intenté, en vano, convencer a mi redactor jefe. Bernard Teyssier-Turpi —a quien todos, incluidos su mujer y su dentista, llaman BTT— me llamó a su despacho. A juzgar por el baile de sus cejas, encanecidas y pobladas, estaba convencido de que me estaba haciendo el regalo del siglo:

—Adivina a quién vas a entrevistar mañana.

Muchas gracias. Que me guste mirar fotos del Himalaya no significa que quiera palmarla en su cumbre.

Inmediatamente, traté de quitarme el muerto de encima; nunca mejor dicho: en primer lugar, *Z-End* no es más que un enorme parque temático virtual para frikis necrófilos. ¿Por qué ayudar a vender ese engendro publicando una entrevista? ¿De verdad nos necesitan para algo esos *panzer* de la cultura desechable globalizada? ¿Eh, BTT? Solo que, en realidad, todavía en *shock*, me limité a decir:

—Pero, Bernard, esa película es un bodrio.

BTT dio una calada a su cigarrillo electrónico, que burbujeó como una pajita en el fondo de un vaso, y replicó:

—¡Nos ha jodido mayo con sus flores! Es Ben Whyte. Dos páginas, para el lunes.

Con todo el respeto para mi jefe y para la mayoría del público internacional, el tipo es cualquier cosa menos un regalo.

Como decimos en el oficio, es un cliente difícil. En román paladino: el quídam se desayuna un periodista cada mañana.

En 2016 se largó de un plató de la cadena estadounidense NBC en pleno directo. El presentador tuvo la ocurrencia de hacerle leer las minúsculas letritas de una tabla de optometría. Ben Whyte es notoriamente miope; cegato como un topo, vaya. El gag no le hizo ninguna gracia y se negó. El otro, erre que erre... Y se quedó más solo que la una. Portazo, corte a publicidad, escándalo.

Al menos, yo no planeo endosarle unas gafas.

En 2021, durante una fiesta en un yate frente a la costa de San Bartolomé, arrojó por la borda el teléfono móvil de un tipo que intentaba fotografiarlo a hurtadillas. Si se conformó con el móvil fue solo porque otros invitados le impidieron *in extremis* practicar el lanzamiento del semoviente.

Por último, está lo de Seúl, el año pasado. En el marco de una gira promocional como esta, en un hotel como este, expulsó *manu militari* —agarrándolo por el cuello de la camisa—, al periodista coreano que lo entrevistaba. «Un error de traducción», dijeron.

Son solo tres explosiones entre muchas otras. «Mi estrella» es una bomba. Yo tengo una cita dentro de un cuarto de hora y casi puedo oír el tictac del temporizador.

La suite 312, abierta de par en par a un tropel de iniciados, hace las veces de sala de espera. Entra uno, sale otro. La gente se agolpa en el pasillo, de pie contra una pared o incluso sentada en el suelo.

Leve murmullo. Excitación contenida.

Justo al lado, el acceso a la 314 está custodiado por un par de gigantes imperturbables, cariátides dopadas con anabolizantes, traje negro y cabeza rapada. Si esos dos son de la prensa, yo soy Bob Esponja.

La puerta no está cerrada del todo. Hasta nosotros llega el rumor de la entrevista en curso. De repente, Su Voz. Imposible confundirla con cualquier otra. Profunda, amplia y vibrante como la obertura de una ópera de Wagner.

Estoy a punto de sufrir una crisis cardíaca. En alemán.

Sigo clavada en el pasillo, soñando con un triple baipás, cuando aparece Françoise Saunier, la agente de prensa que organiza todo esto.

—¡Yujuuu, Marianne!

¿Cómo que «yjuuu», si apenas la conozco? Y, sin embargo, me recibe como si acostumbrásemos a pasar nuestras tardes libres pintándonos la una a la otra las uñas de los pies. Supongo que será para poner un poco de humanidad en esta maquinaria de hacer dinero. Mua, mua. Vaharada de perfume: flores en polvo, con una nota de cabeza migrañosa. Miro su cabello rubio, cortado al ras, sus gestos vivaces, el maquillaje que disimula el cansancio y las arrugas. Calculo que debió de empezar en el oficio cuando yo estaba en la guardería... Probablemente ninguna de las dos hemos cambiado mucho desde entonces. Bien por ella; una penita lo mío.

—¡Veinte minutos! —¿Cómo?—. ¡Los demás se van a morir de envidia! Te hemos conseguido veinte minutos con Ben.

Veinte minutos. No lo entiendo. ¿No quedamos en que era una rueda de prensa? Una fábrica de promo. Una masacre. La versión hollywoodiense de la distribución masiva. Cada uno su entrevista liofilizada, en minisegmentos de cuatro o cinco minutos como máximo, y que pase el siguiente. Bueno, normalmente.

Veinte puñeteros minutos. No estoy lista. No estoy a la altura. No tengo suficientes preguntas. No tengo suficientes puntos de vida, como dicen en los videojuegos.

Quiero irme a casa. Ahora mismo.

Como no es telépata, mi interlocutora no me oye gimotear. Ella cree que está tratando con una auténtica profesional, no con una párvula retrasada, atrapada por error en un trabajo de adultos. En cualquier momento me van a desenmascarar: «¿Y tú qué haces aquí, bonita, has perdido a tu mamá?».

Pues no. Todo lo contrario. Françoise Saunier me mira radiante, esperando que yo también me ilumine.

—Ya verás, Ben es increíble. Muy muy simpático, muy sencillo. Incluso me atrevería a decir que es auténtico...

No me digas más.

¿Qué significa «auténtico»? Aquí nada es «auténtico», excepto quizás el elegante mobiliario de la suite 312, en la que finalmente entro.

El interior está abarrotado. Esquivo trípodes de cámaras, busco un asiento libre, no lo encuentro, me abro paso hacia el fondo, donde se alza una especie de bufé de *snacks*, bebidas en plan barra libre, repostería variada y una pila multicolor de *macarons* de Ladurée. Mordisqueo uno de frambuesa; es de color rojo brillante, algo pegajoso, y me arrepiento al instante. Solo me faltaba terminar con una sonrisa de vampiro.

Justo antes de ir a revolotear hacia otra víctima, Françoise Saunier me da la puntilla:

—Y, sobre todo, no lo olvides, Marianne, nada de preguntas personales. Le horrorizan.

Mira tú. Como si fuera a preguntarle el color de sus calzoncillos, o su postura tántrica favorita. Vale, pero ¿y si se me escapa? ¿Qué pasa si cruzo la línea por error? Por ejemplo, ¿está permitido preguntarle sobre sus orígenes sin que me salte a la yugular? Ben Whyte no es estadounidense. Antes de que a los diecinueve añitos le tocara la lotería de Hollywood, nació como un simple mortal en Auckland, Nueva Zelanda. Desde entonces no para de cosechar triunfos. Tres Globos de Oro,

un premio de interpretación en Cannes, aunque ningún Óscar todavía.

Nota mental para luego: no mencionar los Óscar bajo ningún concepto.

Picoteo otro *macaron*. De vainilla, esta vez, porque combina con el marfil de los dientes. Lamo el azúcar de los dedos; intento calmarme un poco anticipando el alivio que sentiré después. ¿Qué son veinte minutos en la vida de una persona? Una insignificancia. Un trayecto en metro. Una buena ducha.

«Nada de preguntas personales» y hasta luego, Lucas.